

LA CONSTRUCCIÓN
DEL SUEÑO AMERICANO
(ESTADOS UNIDOS,
1929-2018)

Temas de Historia Contemporánea
Coordinadora: PILAR TOBOSO SÁNCHEZ



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

LA CONSTRUCCIÓN
DEL SUEÑO AMERICANO
(ESTADOS UNIDOS,
1929-2018)

Carmen de la Guardia Herrero



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© Carmen de la Guardia Herrero

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-9171-415-6
Depósito Legal: M-32.844-2019

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
1 <i>THE AMERICAN DREAM</i> . REPUBLICANOS Y DEMÓCRATAS FRENTE A LA CRISIS DE 1929	15
1.1. <i>Puritanos, revolucionarios y expansionistas</i>	16
1.1.1. Un modelo para el mundo. De la “ciudad en la colina” hacia la revolución ejemplar	16
1.1.2. Modelos decimonónicos: la doctrina Monroe y el imperialismo	19
1.2. <i>The American Dream en The Epic of America.</i> <i>Un sueño contra las políticas de Roosevelt</i>	22
1.2.1. <i>The American Dream</i> en las historias de Estados Unidos	23
1.2.2. El sueño se hace militante. Un ataque a las políticas de Franklin Delano Roosevelt	25
1.3. <i>Cimentando el sueño. Herbert Clark Hoover</i>	27
1.3.1. <i>The American Individualism</i>	27
1.3.2. Causas de la crisis del 29	30
1.3.3. La crisis del 29	32
1.4. <i>Otras visiones de Estados Unidos</i>	38
1.4.1. Franklin Delano Roosevelt y Eleanor Roosevelt ..	39
1.4.2. Los inicios del New Deal. Los primeros cien días	41
1.4.3. Las primeras grandes críticas. Conservadores, populistas y comunistas	45
1.4.4. La re-significación del <i>American Dream</i>	47

2	EL SUEÑO SE MORALIZA. ESTADOS UNIDOS Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	49
2.1.	<i>La apertura hacia el exterior y el segundo New Deal</i>	50
2.1.1.	Las políticas de “buena vecindad” y las nuevas relaciones con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas	50
2.1.2.	El segundo New Deal. Hacia un nuevo sueño americano	51
2.2.	<i>El sueño de los Roosevelt</i>	58
2.2.1.	Combates aislacionistas	59
2.2.2.	Las leyes de neutralidad	61
2.2.3.	Caminando hacia la guerra	62
2.3.	<i>El sueño americano se universaliza. Hacia un sueño común aliado</i>	65
2.3.1.	El “Discurso de las cuatro libertades”	65
2.3.2.	La Carta del Atlántico	67
2.3.3.	Estados Unidos entra en la guerra. El ataque de Pearl Harbor	68
3	LA EXPANSIÓN DEL SUEÑO AMERICANO. UN MUNDO EN GUERRA	73
3.1.	<i>Tambores de guerra en Estados Unidos. El frente en casa</i>	73
3.1.1.	El final de la crisis	74
3.1.2.	Nuevos trabajadores industriales y las grandes movilizaciones	76
3.1.3.	Cambios familiares, ocio y propaganda	79
3.1.4.	La movilización “ejemplar” y sus críticos. La segregación en el ejército	81
3.2.	<i>Estados Unidos en guerra</i>	83
3.2.1.	La fuerza del <i>American Dream</i> . La recuperación militar de Estados Unidos	84
3.2.2.	La ventaja aliada y la construcción de la paz. La expansión del sueño americano.	86
3.2.3.	Las conferencias aliadas y el avance de la guerra ..	88
3.2.4.	El diseño de un nuevo orden mundial	91
3.3.	<i>Un giro en la Casa Blanca. Harry S. Truman</i>	98
3.3.1.	“Un pequeño hombre de Misuri”	99
3.3.2.	El camino de Truman	100
3.3.3.	El final de la guerra. Las bombas atómicas	102

4	UN SUEÑO BELICOSO. EL INICIO DE LA GUERRA FRÍA.....	105
4.1.	<i>La construcción de la paz</i>	106
4.1.1.	Momentos de incertidumbre.....	106
4.1.2.	El sueño del hombre común.....	109
4.2.	<i>El camino de Truman</i>	112
4.2.1.	Un incipiente “temor rojo”	113
4.3.	<i>Confrontación con la Unión Soviética.</i>	115
4.3.1.	La escalada hacia al enfrentamiento	116
4.3.2.	El rearme soviético y Estados Unidos.....	118
4.3.3.	La CIA y la diplomacia cultural	120
4.4.	<i>El final de la presidencia de Truman</i>	128
4.4.1.	El nuevo triunfo de Truman. El incremento de la tensión	128
4.4.2.	Tensión en casa. La “caza de brujas”.....	129
5	EL SUEÑO SE “MATERIALIZA”. LA REVOLUCIÓN DEL CONSUMO EN LA DÉCADA DE 1950 Y SU EXPANSIÓN POR EL “MUNDO LIBRE”.....	137
5.1.	<i>La normalización de la clase media</i>	138
5.1.1.	Florecen las <i>Little Boxes</i>	139
5.1.2.	Productos masificados	142
5.2.	<i>El malestar que no tiene nombre</i>	145
5.2.1.	Críticas a los nuevos/viejos modelos de feminidad y consumo	146
5.2.2.	La contestación desde la cultura	148
5.3.	<i>El impulso gubernamental del American Dream</i>	150
5.3.1.	La política se hace objeto. La campaña de Eisenhower	150
5.3.2.	Eisenhower y la diplomacia encubierta. El gran impulso	153
5.3.3.	El <i>American Way. Selecciones del Reader’s Digest</i>	156
5.4.	<i>Eisenhower y Nixon. El segundo mandato</i>	162
6	IMPULSANDO EL <i>AMERICAN DREAM</i> . EL PODER DURO ESTADOUNIDENSE DURANTE LAS PRESIDENCIAS DE EISENHOWER Y KENNEDY	165
6.1.	<i>La nueva política exterior de Eisenhower</i>	165
6.1.1.	Los hermanos John y Allan Foster Dulles	166
6.1.2.	El efecto dominó.....	168

6.2.	<i>De nuevo los demócratas. Las presidencias de Kennedy y Johnson</i>	173
6.2.1.	Las elecciones de 1960. Publicidad y cuestión religiosa	173
6.2.2.	Un sueño de juventud y encanto	177
6.2.3.	La Nueva Frontera de Kennedy y la Gran Sociedad de Johnson.....	178
6.3.	<i>Política de dureza en el exterior</i>	182
7	"I HAVE A DREAM". SEGREGACIÓN, MARGINACIÓN Y LA LUCHA POR LOS DERECHOS CIVILES	187
7.1.	<i>Privación de la ciudadanía civil y política de los afroamericanos</i>	188
7.1.1.	La ilusión de la política	188
7.1.2.	El camino hacia la segregación de los afroamericanos	189
7.1.3.	El Ku Klux Klan y sus violencias	190
7.2.	<i>Culturas políticas afroamericanas y primeras movilizaciones</i>	193
7.2.1.	La <i>National Association for the Advanced of Coloured People</i> y sus luchas.....	196
7.2.2.	Las estrategias de la no violencia: las sentadas y las marchas	198
7.2.3.	Birmingham, Washington D. C. y Selma.....	201
7.2.4.	La intervención del poder federal	203
7.3.	<i>Las movilizaciones de la diferencia</i>	205
7.3.1.	Malcom X, la Nación del Islam y el partido Pantera negra	206
7.3.2.	Nativos americanos	209
7.3.3.	Hispanos	211
7.4.	<i>Otras voces</i>	212
7.4.1.	Port Huron y el nacimiento de la nueva izquierda. La rebelión estudiantil	212
7.4.2.	Los feminismos de la segunda ola.....	214
7.4.3.	La contracultura	217
8	LA FORMACIÓN DE LA NUEVA DERECHA ESTADOUNIDENSE. LAS PRESIDENCIAS DE NIXON, FORD Y CARTER	219
8.1.	<i>El regreso del Partido Republicano: Richard Nixon (1968-1974)</i>	220

8.1.1.	Vietnam	220
8.1.2.	La transformación conservadora. El neoconservadurismo.	223
8.1.3.	Nixon y Kissinger	227
8.1.4.	Watergate y el interludio Ford (1974-1977).	233
8.2.	<i>La búsqueda de la moralidad en política. Carter y la Nueva Derecha Cristiana.</i>	238
8.2.1.	La nueva derecha cristiana	238
8.2.2.	La presidencia de Jimmy Carter (1977-1981)	242
8.2.3.	La Moral Majority.	245
9	EL GIRO CONSERVADOR, LA TRANSFORMACIÓN TECNOLÓGICA Y LA NUEVA IMAGEN DE ESTADOS UNIDOS. DE REAGAN A OBAMA.	251
9.1.	<i>El final de la hegemonía de los valores demócratas. Ronald Reagan</i>	252
9.1.1.	<i>Reaganomics</i>	254
9.1.2.	<i>“Volver a ser fuertes”</i>	257
9.2.	<i>La gran transformación tecnológica y social</i>	260
9.2.1.	Silicon Valley. La universalización de internet ...	261
9.2.2.	La crisis del trabajo industrial tradicional. Pensilvania y Michigan.	265
9.2.3.	Otras incertidumbres: sida, nuevas drogas y el incremento de la desigualdad	267
9.3.	<i>La continuidad económica y el cambio político: las presidencias de George Bush, Bill Clinton y George W. Bush</i>	269
9.3.1.	La presidencia de George H. Bush	270
9.3.2.	Bill Clinton. La nación dividida.	274
9.3.3.	El radicalismo de la nueva derecha. George W. Bush	278
9.3.4.	El 11 de Septiembre. La radicalización del sueño	281
9.3.5.	<i>“Rescatar un sueño americano sencillo”</i> . Barack Obama.	289
	EPÍLOGO. EL AMERICAN DREAM SE DRAMATIZA: EL TRIUNFO DE DONALD TRUMP	295

SELECCIÓN DE DOCUMENTOS.....	307
1. Las cuatro libertades.....	307
2. Strange Fruit.....	308
3. <i>"I have a dream"</i>	309
4. <i>El neoconservadurismo</i>	311
5. <i>Primer discurso de Obama</i>	312
CRONOLOGÍAS.....	315
BIBLIOGRAFÍA.....	319

2

EL SUEÑO SE MORALIZA. ESTADOS UNIDOS Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

No solo fue convulsa la historia interna de Estados Unidos en la década de los treinta del siglo xx. La primera presidencia de Franklin Delano Roosevelt (1933-1936) coincidió con el ascenso y el reforzamiento de totalitarismos agresivos, en Europa y en Asia, que hicieron peligrar el orden constituido liderado, entre otros, por las democracias estadounidense y europeas.

Mientras el New Deal avanzaba, también lo hicieron otros proyectos, los totalitarios, que culpaban de la crisis desatada en 1929 a las élites económicas y a la debilidad y aburguesamiento de los valores judeocristianos y liberales imperantes en las naciones europeas y americanas. También consideraban que las organizaciones de clase, socialistas, comunistas y anarquistas, traían inestabilidad. Estos regímenes totalitarios y sus líderes querían reescribir la historia y retornar a espacios y épocas imaginadas e idealizadas con fuerza por los propios dictadores.

En este contexto, el *American Dream* fue revisado y desvestido de toda su vinculación nacional, se transformó en un sueño compartido por las na-

ciones aliadas y sirvió, de alguna manera, como base cultural y política de contención de los valores esgrimidos por los nuevos totalitarismos.

2.1. *La apertura hacia el exterior y el segundo New Deal*

Mucho antes de que el presidente Roosevelt pronunciase frente al Congreso de Estados Unidos, el seis de enero de 1941, el “Discurso de las cuatro libertades”, que resumía los valores que fundamentan al mundo considerado por Estados Unidos como libre frente al de los totalitarismos, la mayor parte de la ciudadanía estadounidense consideró que debía implicarse en los asuntos internacionales.

2.1.1. Las políticas de “buena vecindad” y las nuevas relaciones con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

El ensimismamiento en el que vivió Estados Unidos en los años veinte y comienzos de los treinta entró en crisis desde la llegada de Roosevelt al poder. “Muy pronto, tras la inauguración, en 1933, comenzamos a tener un gran número de invitados a los que después de cenar Franklin subía a su estudio”, escribía Eleanor Roosevelt nada más llegar su marido a la presidencia. “Había dos razones para que los invitásemos a la Casa Blanca en esos primeros años. Una era que la situación política y económica en el mundo hacía necesario para él establecer contactos con los líderes de los otros países”, continuaba escribiendo en su *Autobiografía*: “La otra era su deseo de establecer nuevos contactos para un mejor entendimiento en este continente y en el extranjero”, concluía (1992: 173).

Entre esos invitados destacaron: el primer ministro de Canadá; el escritor y político francés Édouard Herriot (tres veces jefe de Gobierno en la Francia de la Tercera República); el gobernador de Filipinas, Frank Murphy; los embajadores de Italia, Alemania y Japón y los de México y Panamá, y el enviado especial de Argentina.

La puesta en marcha de esta nueva apertura hacia el exterior estadounidense se hizo explícita, en 1933, cuando Roosevelt reconoció a la Unión Soviética y restableció las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y la URSS, rotas tras la revolución de octubre de 1917.

El presidente Roosevelt también puso fin, como auguraban todos sus encuentros con los embajadores latinoamericanos en Washington, a la política del Big Stick con América Latina impulsando unas nuevas relaciones con las ahora, otra vez, consideradas repúblicas hermanas. “Orientaré a esta nación hacia la política de buena vecindad”, afirmó en su discurso inaugural de 1933. “El vecino que de forma resolutiva se respeta a sí mismo y porque lo hace respeta los derechos de los otros, el vecino que cumple con sus obligaciones y reconoce que sus acuerdos son sagrados con y entre vecinos [es el deseable]”, concluía el nuevo presidente (Roosevelt Inaugural Address, 4 de marzo de 1933). Y como el resto de las intenciones políticas anunciadas en su primer discurso presidencial, Roosevelt también la cumplió. El presidente dibujó medidas concretas para América Latina poniendo en marcha la política del “buen vecino”. Primero retiró las tropas de Nicaragua (1933) y de Haití (1934), y después puso fin a la onerosa Enmienda Platt (1934), que tanto había dificultado la soberanía cubana. Y además reforzó, junto a su secretario de Estado, Cordell Hull, el panamericanismo. En la VII Conferencia Panamericana, la de Montevideo (1933), Estados Unidos reafirmó su voluntad de incrementar la política de buena vecindad y retiró las tropas de los países centro y sudamericanos. A la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz, celebrada en Buenos Aires en 1936, asistió el presidente Roosevelt demostrando su compromiso firme con las políticas de buena vecindad (Dallek, 1983: 92-123).

2.1.2. El segundo New Deal. Hacia un nuevo sueño americano

Mientras Roosevelt establecía líneas de apertura y rompía con el aislamiento en su política internacional, continuó luchando contra los graves efectos de la crisis del 29 en Estados Unidos mediante los proyectos que conocemos como segundo New Deal. A pesar de que muchas de las medidas del primer New Deal habían sido llevadas a los tribunales por la fuerte

oposición conservadora que Franklin Delano Roosevelt y sus políticas estaban generando y de que, en muchos casos, el Tribunal Supremo dio la razón a sus detractores, el presidente de Estados Unidos siguió adelante, y además de forma radical.

En las elecciones legislativas de 1934, justo en la mitad del primer mandato presidencial de Roosevelt, los demócratas consolidaron su mayoría. En la Cámara de Representantes lograron siete escaños más y en el Senado nueve. Además creció el número de gobernadores vinculados al Partido Demócrata. Solo quedaron siete Estados con un gobernador republicano. El presidente interpretó estos resultados como una ratificación de sus políticas, se sintió apoyado y aplicó medidas radicales.

La segunda etapa del New Deal, desarrollada desde comienzos de 1935 y durante 1936, se caracterizó por una serie de medidas vinculadas con las relaciones laborales. Las presiones de los trabajadores y de los populistas, de las que ya se ha hablado en este libro, obtuvieron en cierta medida sus frutos. Así, se promulgó la Ley de Relaciones Laborales Nacionales o la Ley Wagner, propuesta por el senador neoyorquino, Robert F. Wagner, que permitió a los trabajadores elegir representantes sindicales para que participaran en su nombre en las negociaciones con empresas y Gobiernos. La Ley de la Seguridad Social fue otro logro de los trabajadores. La nueva norma creaba un fondo de pensiones para personas retiradas de más de 65 años y establecía, por primera vez en la historia de Estados Unidos, un seguro de desempleo. El 31 de enero de 1940 Ida May Fuller, que había trabajado como secretaria de juzgados, se convertía en la primera ciudadana estadounidense en recibir una pensión de jubilación, lo que le supuso un ingreso mensual de 22,54 dólares, que recibió hasta su muerte. Ida fue longeva y vivió hasta los cien años (Social Security Administration, *on line*).

Además, el presidente Roosevelt, puso en marcha un importante programa de asistencia pública. De alguna manera estas políticas se enfrentaban a esa idea de que el “individualismo extremo” era el sustento de la historia estadounidense. Para el presidente y sus seguidores, los impulsores de esa concepción tradicional y conservadora del *American Dream* habían potenciado una tremenda desigualdad social. Si Estados Unidos quería ser modelo de naciones y un país atractivo, se debían corregir muchas carencias. Esta concepción que tenía Roosevelt, diferente a la de sus antecesores republicanos en la Casa Blanca, que suponía la implicación mayor del Estado en la

vida económica para paliar las diferencias de riqueza, generó otras medidas. Se aprobó una nueva ley fiscal que incrementó la contribución al Estado de aquellos americanos cuyos ingresos fueran superiores a 50 000 dólares aumentando, a su vez, el impuesto sobre el patrimonio y el que gravaba las donaciones.

Hubo otros proyectos presidenciales de los que todavía en la actualidad quedan huellas. El Work Progres Administration (WPA) quizás sea el más conocido de los programas del New Deal y en el que más dinero público se invirtió. Su finalidad era proporcionar un puesto de trabajo a desempleados, muchas veces previa formación. Incluyó además, de a trabajadores, a jóvenes sin experiencia, amas de casa, obreros sin cualificar, a artistas e intelectuales. Liderado por Harry Hopkins, para muchos el estadounidense con más poder en la administración después de Roosevelt, fomentó las infraestructuras, los parques y las actividades y obras culturales. Todas las ciudades y pueblos americanos tienen todavía un parque, un puente o una escuela construida por el programa. Ya en 1940, el WPA había inaugurado 4 383 colegios y había restaurado otros 30 000. También se habían levantado 130 hospitales y remozado 1 670. Se construyeron más de 14 000 km de desagües para evitar inundaciones y se plantaron más de 24 millones de árboles. Además, se edificaron o remozaron 2 500 estadios para la práctica de diferentes deportes (MacMahon, Millet y Ogden, 1941: 6-7).

Bajo el paraguas del WPA se pusieron en marcha otros programas. El Federal Writer's Project (1935) dio trabajo a escritores e intelectuales para que emprendieran proyectos con financiación federal. Se elaboraron guías turísticas de los 48 estados que existían entonces, así como del territorio de Alaska, de Puerto Rico y de Washington D. C. También se publicaron guías de las ciudades más importantes. Además, se hicieron catálogos de archivos históricos y se creó una serie de archivos de historia oral con entrevistas centradas en los recuerdos de los estadounidenses más mayores, algunos de ellos nacidos esclavos. "Nací en Chickashaw County Mississippi. Elly Abbot y Maggie Abbot eran nuestros dueños". De esta forma comenzaba la impactante narración de Silas Abbot, una de las 2 300 narraciones de esclavos en primera persona realizadas por el Federal Writers Project y depositadas en la Biblioteca del Congreso. Además, vinculadas a esta colección de narrativas de esclavos se realizaron más de quinientas fotografías a los informantes que son imprescindibles, al igual que las entrevistas, para los historiadores con-

temporáneos que trabajan sobre la esclavitud. Tanto Saul Bellow como John Cheever, Ralph Ellison, John Steinbeck o Margaret Walker formaron parte de los más de mil intelectuales contratados por este programa del New Deal.

Con la finalidad de emplear a artistas en paro y también dentro del WPA, se pusieron en marcha el Federal Arts Project (1935-1943) y el Federal Music Project (1935-1939), dos proyectos que tuvieron mucho éxito. Pósteres, murales, esculturas, pinturas, partituras, clases de música y conciertos llenaron las calles de las ciudades y pueblos de Estados Unidos. Artistas como Jackson Pollock, Sargent Johnson y Milton Horn formaron parte de programas federales en esos tiempos tan difíciles.

Para los defensores del *American Dream* en la versión clásica defendida por Herbert Hoover y James Truslow Adams, estos proyectos impulsados por Roosevelt eran a todas luces un craso error. Debilitaban el “individualismo” americano y hacían crecer el papel del, para ellos, temido Estado. Estaba surgiendo otra manera de entender el *American Dream*. Entonces, todavía, la mayor parte del pueblo americano seguía al lado de su presidente. Los defensores de la no intervención del Estado y de un individualismo radical eran percibidos por los demócratas como una minoría. Y sus políticas de *laissez faire* eran consideradas las culpables de la inmensa crisis del 29.

Eso se apreciaba también en el ocio de los estadounidenses. A pesar de la crisis, el americano medio conseguía pagar las entradas de los cines. Se calcula que, en la década de los treinta del siglo xx, entre sesenta y setenta y cinco millones de estadounidenses –unos dos tercios de la población– acudían al cine una vez a la semana. Y aunque estaban de moda los musicales nostálgicos de los dorados años veinte, como *Forty Second Street* (“La Calle 42”) y *Gold Diggers* (“Los buscadores de oro”), los dos estrenados en 1933, es decir, películas que facilitaban la evasión de los problemas cotidianos, también se exhibió un cine crítico y radical. *Our Daily Bread* (“El pan nuestro de cada día”), de King Vidor, se estrenó en 1934, en un momento álgido de la crisis del 29, y la excelente versión cinematográfica de *The Grapes of Wrath* (“Las uvas de la ira”), de John Ford, se visionó en 1940 (Roark, Johnson, Cohen, Stage, Lawson, Hartmann, 1998: 921). En *Our Daily Bread*, Vidor defendía los valores de la solidaridad y la cooperación de la sociedad civil frente a la dureza de los principios de la competitividad y el individualismo del capitalismo extremo. En la película se atraviesan la crisis del 29 y sus consecuencias. Narra las dificultades de una pareja urbana que debe abandonar la

ciudad, tras meses de paro del marido, acosados por las deudas, y se dirigen a una granja. Allí buscan el apoyo y la ayuda de muchos que, como ellos, deambulan por la zona buscando trabajo. Trabajando de forma colectiva y planificada, actuando con solidaridad, la comunidad logra ver la luz.

Con esta tendencia mayoritaria en Estados Unidos de defender valores cada vez más críticos con los excesos del libre mercado, no es de extrañar que en las elecciones presidenciales de 1936 el Partido Demócrata presentase, de nuevo, como candidato a Franklin Delano Roosevelt. La Convención Republicana designó al entonces gobernador de Kansas, Alfred Mossman Landon, uno de los mayores opositores de las políticas del New Deal. El triunfo del Roosevelt fue otra vez arrollador. Venció con un margen nunca antes visto. Franklin Delano Roosevelt ganó en todos los estados, salvo en dos: Maine y Vermont. En total obtuvo 523 de los votos electorales frente a los ocho de Alfred M. Landon (Black, 2003: 390-392).

Debido a la fuerza adquirida tras su asombroso triunfo electoral, el presidente electo pudo dar un giro de tuerca a las políticas del New Deal. Sus nuevas medidas, sin embargo, fueron, para parte de la ciudadanía americana, demasiado lejos. Roosevelt, cansado de la dura oposición de las élites conservadoras y de las sentencias del Tribunal Supremo dándoles la razón, inició un intento de reforma del alto tribunal. Lo que quería, y así se lo propuso al Congreso, era aumentar el número de jueces del Supremo, a ser posible afines a sus políticas. La Constitución no señalaba nada sobre el número de miembros del alto tribunal y otras veces en la historia de Estados Unidos se había alterado su tamaño. Pero en este caso, la medida fue, para muchos estadounidenses, oportunista: lo único que pretendía era evitar sentencias desfavorables al New Deal. En la lucha, además, el presidente utilizó argumentos ofensivos. “Algunos jueces”, afirmaba, “actúan afectados por la senilidad”. Es cierto que, cuando Roosevelt fue reelegido, la media de edad de los jueces del Tribunal Supremo era de setenta y un años, la mayor de la historia de Estados Unidos. Y era algo que se comentaba en todas las partes. Uno de los libros más vendidos del año 1936, y mejor reseñado, fue *The Nine Old Men*. Escrito por Drew Pearson y Robert Allen, era una obra muy crítica con la elevada edad de los nueve jueces del Supremo estadounidense. No es extraño, pues, que Roosevelt pensase que muchos de sus votantes podrían estar de acuerdo con la reforma y los argumentos utilizados para sustentarla. Pero se equivocó. Criticar y desprestigiar a los jueces por ser

mayores fue desacertado, indiscreto y, sobre todo, poco sincero. Entre otros, el juez más mayor del alto tribunal, que, además, fue el primer juez del Supremo judío, el prestigioso, progresista e influyente Louis D. Brandeis, perdonó mal la ofensa y se alejó de Roosevelt y de sus políticas para convertirse en líder de muchos opositores. Y todavía peor para las intenciones presidenciales es que, tras el debate público, la propuesta de reforma del alto tribunal fue rechazada por el Congreso.

Sin embargo, el Supremo cambió de actitud. La renuncia de uno de sus jueces más conservadores, Willis Van Devanter, en 1937, permitió al presidente Roosevelt nombrar en su lugar a un gran defensor del New Deal: el senador Hugo Black, logrando un mayor equilibrio político entre los miembros del Supremo (Black, 2009: 283-285).

Coincidiendo con el intento fallido de reforma del Tribunal Supremo, el presidente propuso otra medida también impopular. Pidió reorganizar el Ejecutivo para controlar mejor a la burocracia. Estas medidas fueron, para muchos, abusivas, y pronto surgió una gran campaña de la oposición que denominó, a este segundo mandato, como “la dictadura de Roosevelt”. La reforma del Poder Ejecutivo propuesta no fue respaldada por el Congreso. Sin embargo, un proyecto remozado y menos ambicioso de reforma del Ejecutivo fue aprobado en 1939 (McGeehan y Gall, 1990: 323).

Existieron otras dificultades. En otoño de 1937 se produjo un repentino agravamiento de la crisis económica, la llamada “crisis de Roosevelt”. De nuevo a finales de año, más de dos millones de personas habían sido despedidas. Tras este preocupante incremento del paro, ya de por sí alto, surgió un duro debate económico entre los colaboradores de Roosevelt. El grupo dirigido por Henry Morgenthau Jr. se inclinó por reducir el gasto y equilibrar el presupuesto, es decir, defendió una línea continuista con los principios teóricos defendidos por Roosevelt desde siempre. Los seguidores de Harry Hopkins y de Harold Ickes querían incrementar el gasto público y que se cumplieran a rajatabla las leyes antimonopolio. Estaban ya claramente influidos por John Mainard Keynes, y Roosevelt, para sorpresa de todos, se inclinó por estos últimos.

Desde la llegada al poder de Franklin Delano Roosevelt, Keynes trató de influir, como ya se ha señalado en el primer capítulo de este libro, en la política económica estadounidense. Keynes, estando de acuerdo en el fondo con las reformas del New Deal, no lo estuvo con la manera en que se

desarrollaron ni con los plazos para llevarlas a cabo. Y mucho menos con la insistencia del presidente de equilibrar el presupuesto para contener el déficit y aumentar la confianza de los inversores y del mercado. Además, para Keynes, y para otros analistas, ese deseo de contención de Roosevelt y sus asesores fue la causa de la aplicación de medidas económicas erráticas. Efectivamente, al producirse en 1937 mejoras dentro de la gravedad de la crisis, la administración Roosevelt optó por realizar recortes en el gasto público y es cierto que por esa, o por otras causas, hubo un recrudescimiento sin precedentes de la crisis.

Roosevelt, impresionado por las duras consecuencias económicas y sociales de sus nuevas políticas, decidió, como tantas otras veces, mostrar su inmenso pragmatismo, virar y, esta vez sí, iniciar políticas que seguían las teorías de Keynes. Dejó de ser una prioridad contener el déficit público y aumentó el gasto público para crear trabajo e incrementar así el consumo y también la producción. En el año 1938 abandonó la idea (en la teoría y en la práctica) de equilibrar el presupuesto y lanzó un programa de gasto público sin precedentes.

Roosevelt se presentó por primera y única vez en la historia de los Estados Unidos a un tercer y hasta a un cuarto mandato (en 1940 y en 1944) y, como sabemos, lideró Estados Unidos poco antes y durante la Segunda Guerra Mundial. En 1940 se enfrentó al republicano Wendell L. Willkie. Eran momentos muy difíciles, porque Adolf Hitler avanzaba imparable por Europa y las decisiones políticas del presidente electo eran fundamentales. Para muchos historiadores, quizás por esta razón los estadounidenses optaron por la continuidad. Roosevelt obtuvo un 54,7% del voto popular y 449 votos electorales, y su rival un 44,8% de los votos, con 82 votos electorales. Y lo mismo ocurrió en plena Segunda Guerra Mundial. Roosevelt se enfrentó en 1944 al republicano Thomas E. Dewey. La victoria fue de nuevo para él, con un 53,39% de los votos frente al 45,89% de Dewey.

En sus dos últimos mandatos, sin abandonar sus programas de reformas del New Deal, Roosevelt tuvo que volcarse en las relaciones internacionales. Muchos de los principios de su programa económico estuvieron también presentes en su programa de política internacional. Luchar contra la tiranía, en este caso no de los mercados sino de los regímenes totalitarios que estaban dominando el mapa de las relaciones internacionales, e incrementar la igualdad y la libertad de todos fueron los principios que sustentaron los dis-

cursos sobre los que construyó su visión de la política exterior desde 1938. El sueño americano se cargó de valores éticos, defendidos desde la razón y, para él también, desde la tradición cultural y política estadounidense, a lo largo de sus presidencias. Era cada vez más obvio que republicanos y demócratas hacían lecturas diferentes del pasado nacional.

2.2. *El sueño de los Roosevelt*

“América no es un montón de productos, pensar en mayor lujo y confort, en mejores teléfonos o en un mayor número de coches”, escribía el 6 de enero de 1941, en su columna titulada “My day”, Eleanor Roosevelt. “Incluso para soñar, uno debe tener una seguridad económica básica. Si no es así el sueño importa poco [...] Debe ser el sueño de una mayor justicia para todos los americanos”, continuaba moralizando la representación del sueño americano la señora Roosevelt, e insistía: “[El sueño es] una devoción por la democracia, una pasión por la libertad [...] es darnos la oportunidad y la esperanza para mantener en el futuro ese sueño” (“My day”, 6 de enero 1941). La opinión de Eleanor Roosevelt en “My day” era importante porque su columna era uno de los canales de opinión más seguidos del país. La columna de la primera dama se publicaba, de forma simultánea, en más de noventa periódicos. Eso le garantizaba una cantidad de lectores que muchas veces alcanzaba la no despreciable cifra de 4034552. Eleanor Roosevelt fue una de las columnistas periodísticas más seguidas en Estados Unidos. Recordemos que “My day” comenzó a publicarse en 1935 y continuó leyéndose hasta 1962 (“My Day” by Eleanor Roosevelt, George Washington University, www2.gwu.edu).

Teniendo en cuenta que, a pesar de sus conocidas dificultades como pareja, Eleanor y Franklin Roosevelt fueron un excelente equipo político, a nadie se le escapaba que el presidente defendía, al igual que la primera dama, un giro moralizador de la idea del sueño americano. El *American Dream* se sustentaba ahora en un mayor equilibrio económico y social y se leía desde valores éticos y democráticos. La libertad, la justicia social y la democracia eran los elementos básicos del nuevo sueño americano.

Pero además, de la misma manera que la política de Estados Unidos se abría hacia el exterior, el sueño se universalizaba. Los valores de Estados Unidos pasaban a ser, para el presidente, los principios que deberían sustentar al

mundo libre frente al cada vez más claro ascenso de los totalitarismos. Y eso fue obvio conforme Estados Unidos, liderado por Franklin Delano Roosevelt, caminó hacia la entrada en la Segunda Guerra Mundial.

2.2.1. Combates aislacionistas

Desde el final de la Gran Guerra en 1918, Estados Unidos, como ya hemos señalado, potenció su aislamiento y el alejamiento de los grandes conflictos internacionales, pero los dos últimos mandatos de Roosevelt supusieron un giro radical. Si el sueño americano se universalizó, a partir de 1940 fue debido a la certeza de que solo se podría sobrevivir a los totalitarismos si Estados Unidos reforzaba las alianzas en Europa y América y, por fin, entraba en la guerra.

Es cierto que el peso de los aislacionistas, de aquellos que se querían “aislar” de los conflictos internacionales por considerarlos ajenos a los verdaderos intereses nacionales, se mantuvo muy fuerte en Estados Unidos no solo durante la presidencia de Herbert Hoover sino, también, durante los dos primeros mandatos del presidente Roosevelt. Era, hasta cierta medida, lógico que Estados Unidos, en plena crisis del 29 y con el recuerdo del inmenso dolor de la Gran Guerra, viviera volcado en sí mismo.

De la fuerza del movimiento aislacionista dan fe las investigaciones del Comité del Senado (1934-1936), presidido por el republicano Gerald Nye, cuyas conclusiones afirmaron que la entrada de Estados Unidos en la Gran Guerra fue azuzada por los grandes intereses económicos privados, sobre todo por los de los grandes bancos y los de la industria de municiones. Además, estas conclusiones coincidían con las creencias de la propia cultura popular estadounidense. Miles de artículos publicados en revistas, más de una docena de *best sellers*, entre ellos *Merchants of Death*, escrito por H.C. Engelbrecht y F. C. Hanighen (1934), y *War is a Racket* (“La guerra es un latrocinio”) (1935), del oficial más condecorado de la historia de Estados Unidos, el general Smedley Darlington Butler, donde denunció a los banqueros, los especuladores, los propietarios y gerentes de las industrias de armamento y al Gobierno estadounidense de hacer las guerras no por valores patrióticos sino por su propio interés, afirmaban eso: que a la Gran Guerra se fue por el interés de unos pocos, los más poderosos. “He servido durante treinta años y cuatro meses en las unidades más combativas de las Fuerzas

Armadas estadounidenses, en la Infantería de Marina”, sostuvo Butler en el discurso que precedió al libro. “Tengo el sentimiento de haber actuado durante todo ese tiempo como un delincuente altamente cualificado al servicio de las grandes empresas, de Wall Street y de sus banqueros. En una palabra, he sido un pandillero al servicio del capitalismo”, concluía, de forma radical. El que este discurso, pronunciado primero y luego transformado en libro, estuviera escrito por una voz de autoridad como la del general Butler, movió a muchos estadounidenses a engrosar las filas del movimiento aislacionista.

El movimiento en pro del aislacionismo fue además muy heterogéneo. En él confluían políticos del Partido Republicano, aislacionistas, muchos de ellos defensores del *American Dream* como lo entendieron el presidente Hoover y James Truslow Adams, que implicaba una convicción del excepcionalismo americano y de la necesidad de preservarlo alejándose de los problemas de la siempre conflictiva y “arcaica” Europa; pero también defendían políticas aislacionistas muchos “internacionalistas”, la mayoría socialistas y anarquistas, y estudiantes pacifistas que, de alguna manera, estaban más próximos a algunas de las políticas sociales impuestas por Roosevelt.

Solo viendo ese peso del movimiento aislacionista en el periodo de entreguerras se puede entender la actitud de Estados Unidos frente a la escalada de la violencia en el orden internacional.

Desde la ocupación de la provincia china de Manchuria por parte del Japón imperial en 1931, todavía siendo Hoover presidente, la situación internacional comenzó a preocupar a una pequeña parte de la opinión pública estadounidense. En 1933, durante el primer mandato de Roosevelt, aunque muchos estadounidenses sentían disgusto por la llegada de Hitler al poder, el silencio en materia de política internacional, sobre todo europea, fue algo habitual. El movimiento aislacionista, estaba claro, todavía era popular y mayoritario en Estados Unidos. Volcado en las políticas del New Deal y necesitando el apoyo de los progresistas aislacionistas del Medio Oeste, en 1934 Roosevelt no vetó en el Congreso la aprobación de la Ley Johnson, que prohibía conceder préstamos a las naciones que no hubieran cumplido con sus obligaciones de pago (Sellers, May y McMillen, 1985: 563-565).

Roosevelt tampoco modificó las políticas aislacionistas de Estados Unidos tras la invasión de Etiopía por parte de la Italia de Mussolini en 1935, la remilitarización de Alemania, en ese mismo año, y la marcha de los ejércitos

de Hitler sobre Renania, en 1936, que violaban, todos ellos, lo estipulado por el Tratado de Versalles.

Ni siquiera el levantamiento militar, apoyado desde el principio por la Alemania nazi y por la Italia fascista, contra el régimen democrático republicano español y la posterior guerra civil española (1936-1939) hizo virar esa tendencia aislacionista defendida por gran parte de los estadounidenses. Sabemos que la guerra fratricida en España fue mirada con horror por la sociedad civil estadounidense, que muchos de sus ciudadanos participaron en asociaciones a favor de la República y que otros lucharon en el frente republicano, como la Brigada Lincoln. Y también que la sociedad americana, como tan bien ha estudiado Aurora Bosch, estuvo dividida y muchos, sobre todo católicos conservadores y grandes empresarios, apoyaron a los golpistas durante la guerra. Pero la posición gubernamental fue la del reforzamiento de la neutralidad (Bosch, 2012).

2.2.2. Las leyes de neutralidad

La legislación de neutralidad (1935-1937) estuvo relacionada con la intención, defendida por los aislacionistas, de evitar los errores que, según ellos, habían conducido a Estados Unidos a entrar, en 1917, en la Gran Guerra (Sellers, May y McMillen, 1985: 566-567).

La primera de las leyes de neutralidad, aprobada por el Congreso de Estados Unidos en 1935, establecía la imposición de embargo de armas a las naciones que entraran en guerra y prohibía viajar a los estadounidenses en barcos de naciones beligerantes. Así, efectivamente, las industrias bélicas estadounidenses no se enriquecerían por el estallido de la violencia entre naciones, pero se alejaban del deber de hacer cumplir los tratados internacionales a naciones expansionistas y tiránicas. La ley, que solo se aprobó por un año, fue sustituida en 1936 por la segunda ley de neutralidad que, además de lo establecido en la anterior norma, añadía a la prohibición que los bancos estadounidenses otorgaran préstamos a naciones beligerantes. La tercera de las leyes de neutralidad, sin que se fijara hasta cuándo podría funcionar, estuvo muy relacionada con la guerra civil española. A petición del propio presidente Roosevelt, extendía las medidas de la neutralidad —embargos y prohibición de préstamos— que afectaban a los conflictos internacionales

también a las guerras civiles. De ese modo, Estados Unidos se unía a las políticas de las democracias occidentales de “no intervención” en la guerra civil española prohibiendo como ellas, mediante el embargo, en el que insistía la ley de neutralidad, vender armas al gobierno legítimo de la República (Bosch, 2012:149-228). Con este retraimiento de las democracias occidentales de la esfera política internacional –recordemos que en el Reino Unido y en la Europa continental primaba la política de apaciguamiento y no intervención– la victoria franquista estaba servida. El apoyo de Hitler y Mussolini al ejército golpista se mantuvo firme durante toda la contienda. Y aunque la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas sí ayudó militarmente a la República española, al tratarse de una ayuda claramente comunista dificultó, y mucho, las relaciones entre los grupos políticos republicanos no comunistas y afines a las democracias europeas y americanas.

Estados Unidos tampoco actuó frente al incremento de las agresiones en Asia por parte del Japón imperial. El 7 de julio de 1937 se produjo la invasión japonesa de toda China –en pleno enfrentamiento civil entre nacionalistas y comunistas chinos–. En agosto caía Beijing, Shangai lo hizo en noviembre y Nanking en diciembre. La represión por parte del Japón sobre millones de ciudadanos chinos ocasionó más de 300 000 muertos y miles de violaciones y vejaciones a la población civil. Muchos ciudadanos chinos eminentes, como Soong May-ling, mujer del dirigente nacionalista Chiang Kai-shek, que había estudiado en Wesley College y a quien la prensa americana llamaba “la señora Chiang”, presionaron en Washington para lograr una actitud dura de Estados Unidos contra Japón. Pero no fue así. Los aislacionistas todavía imponían sus políticas de neutralidad.

2.2.3. Caminando hacia la guerra

Es cierto que el presidente Roosevelt inició, durante la invasión japonesa de China, un camino hacia el cambio. El 5 octubre de 1937, en su “Quarantine Speech”, pronunciado en Chicago, mostró públicamente su preocupación por la violación de derechos: “Civiles, incluyendo a un gran número de mujeres y niños, han sido brutalmente asesinados utilizando bombas aéreas”, afirmaba el presidente tras la masacre japonesa en China. Advertía también de “una diseminación del desorden mundial [...]. En el presente reinado